



Premio Cervantes

Por Verónica Calderon (El País, 19 noviembre 2013)

El barrio de Chimalistac, al sur de la Ciudad de México, es un oasis de silencio en una frenética y muy ruidosa metrópolis de acero. Al final de un camino empedrado, a un lado de una pequeña capilla colonial, está la casa de [Elena Poniatowska](#) (París, 1932), una mujer menuda, rubia, de nariz pequeña, sonrisa fácil, hija de un príncipe polaco pero "más mexicana que el mole".

Elena Poniatowska ganó este martes el Premio Cervantes, el quinto para un mexicano y el primero para una mexicana. Es la cuarta escritora galardonada en 37 años. Antes lo habían ganado las españolas María Zambrano (1988) y Ana María Matute (2010) y la cubana Dulce María Loynaz (1992).

Ensayista y escritora, comenzó a trabajar en el periódico Excélsior en 1954. "A mí lo que me gusta es contar cosas", recordaba hace unas semanas. Se convirtió en una entrevistadora curiosa y certera. Entrevistó a Diego Rivera, a Rulfo, a Paz. Recuerda con especial cariño a Luis Buñuel. "Era muy amable, me llamaba la niña de la leña porque cuando iba a su casa compraba unos troncos porque en su salón hacía mucho frío". Una generación de periodistas mexicanas creció inspirada por Elena Poniatowska. Por la mujer y la periodista.

Su libro más célebre, *La noche de Tlatelolco*, es un crudo testimonio de la represión contra estudiantes el 2 de octubre de 1968, una fecha grabada con sangre en la historia mexicana. "Debería conmemorarse oficialmente, una fecha de luto nacional", repite.

Las protestas estudiantiles habían durado semanas. La tensión había ido creciendo. El 30 de julio de ese año, el Ejército había volado de un tiro de bazuka la centenaria puerta de madera del Colegio de San Ildefonso porque dentro había estudiantes. El presidente Gustavo Díaz Ordaz (del Partido Revolucionario Institucional, PRI, que ostentó el poder absoluto en México por buena parte del siglo XX) declaró: "Hemos sido tolerantes hasta excesos criticados". A 10 días de los Juegos Olímpicos de 1968, la tarde del 2 de octubre, una bengala cruzó el cielo durante un mitin estudiantil en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco. Era la señal. Un grupo paramilitar, el Batallón Olimpia, se mezcló entre los jóvenes y comenzó la represión. Francotiradores apostados en los techos de los edificios aledaños abrieron fuego. Hubo decenas, cientos de muertos. Nadie lo sabe con exactitud.

Poniatowska recuerda que, cuando se enteró de la represión, decidió salir a la calle. Hacía solo unas semanas de que había parido. "Tenía que verlo con mis ojos". Halló un panorama desolador. "Sangre seca, soldados en la calle, zapatos regados en toda la plaza". Ahí nació *La noche de Tlatelolco*. El recuerdo aún la emociona. Años más tarde, el exlíder estudiantil Luis González de Alba, entrevistado para la obra, le exigió cambiar algunos párrafos por considerar que sus palabras habían sido tergiversadas. En la polémica otros veteranos de la época salieron en defensa de Poniatowska, pero tras un pleito legal, un juez falló que los cambios se efectuaran y así lo hizo la autora.

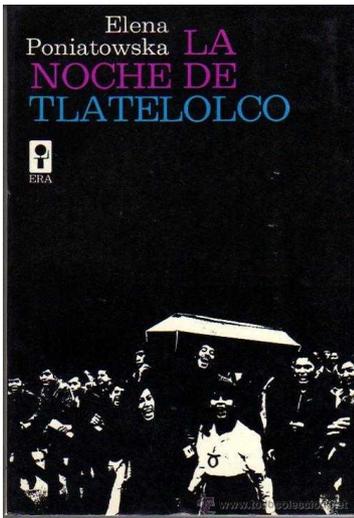
Testigo de primera fila de la historia mexicana reciente, el momento que más le ha conmovido fue la movilización ciudadana tras el terremoto de 1985, "uno de los pocos instantes en que México fue capaz de mirarse a sí mismo y, sobre todo, de sobreponerse a la tragedia". De los escombros salió un sentimiento ciudadano inédito, solidario y que puso en pie a la capital del país, diezmada por un sismo que se cobró miles de muertos. De la experiencia ella escribió *Nada, nadie: las voces del temblor*. Pero opina que el mejor



Tertulias Literarias

libro lo escribió su amigo Carlos Monsiváis. “*Un libro fantástico, No sin nosotros*”. Lo dice y suspira. “*A él lo extraño mucho, mucho*”. Monsiváis murió en junio de 2010.

Es una mujer comprometida con lo que cree. Se indigna. Por un país donde el 50% vive en la pobreza. Donde se cometen injusticias contra las mujeres un día sí y otro también. Donde el neoliberalismo ha devorado a las pequeñas ciudades y al campo. “*En México ya no nos tomamos el tiempo de vivir, de platicar*”. Y guarda un deseo. “*Me gustaría ver a un presidente mexicano de izquierdas*”.



A la par que su carrera literaria, está su activismo político. Primero con Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, durante la mayor movilización opositora que se atrevió a desafiar al entonces todopoderoso PRI. Y más tarde con Andrés Manuel López Obrador, dos veces candidato presidencial en 2006 y 2012. Sobre el sofá de su casa guarda un cojín con la imagen del también exalcalde de la Ciudad de México bordada en punto de cruz. Hace apenas dos semanas que lo acompañó en un mitin contra la reforma energética propuesta por el presidente Enrique Peña Nieto.

No le gusta que le llamen Elenita. Cree que “*infantiliza*”. ¿Es machista? “*Quizá un poco*”. Relata que a Frida Kahlo, la mítica pintora mexicana, le llamaban “*la coja*”: “*Ahora todos hablan maravillas, pero entonces se referían a ella así. El machismo tiene mucha crueldad*”.

Justo una de las mujeres de Diego Rivera protagoniza un libro suyo pequeñito pero entrañable: *Querido Diego, te abraza Quiela*. La obra, escrita a manera epistolar, relata la desgraciada historia de amor entre la pintora Angelina Beloff y el muralista mexicano, que fueron pareja cuando él vivió en París. Cuando Beloff viaja a México para encontrarse con su amado, se topa con que éste tiene una nueva mujer: Lupe Marín, la que sería la madre de sus dos hijas más pequeñas.

Las mujeres —las creativas, las valientes, las que van contra corriente— son una constante en su obra. Es una meticulosa retratista del feminismo femenino. En apariencia delicado, pero con firmeza militar. Como el de la pintora Leonora Carrington (*Leonora*), o el de la fotógrafa Tina Modotti (*Tinísima*). O el de una mujer que de tan bella acaba explicando al juez por qué tiene cinco maridos (*De noche vienes, Esmeralda*), o el de una valiente soldadera —las mujeres que iban al frente durante la Revolución Mexicana— que termina trabajando como lavandera en la capital del país (*Hasta no verte, Jesús mío*).

A las —muy frecuentes— tertulias en su casa asisten también un perro negro y dos gatos que no dudan en sentarse en el regazo del invitado: Monsi y Váis, en honor de su fallecido amigo. Pasa tardes charlando, tomando té, rodeada de libros. Es difícil mantener su curiosidad a raya. En cualquier descuido el entrevistador acaba entrevistado. ¿Sabe que ha sido una inspiración para una generación de mujeres mexicanas periodistas? “*No, fíjate. Qué bueno. Que haya más mujeres que quieran contar cosas. Nos falta muchísimo por contar*”.

A Elena Poniatowska no le gustan los militares

Una entrevista por Willy McKey (Papel Literario, de El Nacional, el 18 de agosto de 2007)

Cuando la narradora y periodista mexicana Elena Poniatowska recibió el Premio Rómulo Gallegos por su novela *El tren pasa primero*, se convirtió en la segunda mujer que obtiene uno de los galardones literarios de más prestigio en Latinoamérica. Hoy, cuando se gana el Premio Cervantes en la edición de 2013, es la cuarta después de María Zambrano en 1988, Dulce María Loynaz en 1992 y Ana María Matute en 2010. En la ocasión del Premio Rómulo Gallegos, Santiago Acosta y yo la entrevistamos para *El Papel Literario* junto a la piscina de un hotel que queda a una cuadra del Celarg. Poniatowska calmaba con un jugo de frutas el insomnio obligado y sus ojos azules (más azules que la piscina) estaban martillados por el sueño y el sol del mediodía. Sufría los accidentes de un bolígrafo ineficaz y aún no le confesaba a nadie la alegría que le causó descubrir que en 1906 uno de los jefes de estación del Ferrocarril Central de Venezuela era, precisamente, el futuro autor de Doña Bárbara. Verificaba los nombres de los periodistas en su lista de medios como el colector que revisa los boletos de cada pasajero del tren. Antes del viaje, se regaló tres de mis bolígrafos desechables y nos hicimos la cruz para poder hablar de los muertos y de *El tren pasa primero*.

Esta novela tiene su semilla en una biografía, ¿cierto?

GRUPO B



Tertulias Literarias

Yo quise hacer una biografía de Demetrio Vallejo, pero eso fue en los años sesenta. Él aún vivía y yo iba a leerle los capítulos en la cárcel donde estaba y se dormía. Yo leía, leía y leía y cuando volteaba a verlo estaba dormido. Y me dije 'No, pues, si éste que es el protagonista se duerme, esto es una porquería', ¿verdad? Servía de somnífero...

Quizás era porque él ya se sabía la historia...

Eso es un consuelo que ustedes me dan, pero yo dejé todo ese material y lo guardé por casi cincuenta años. Pero un día le pregunté a un muchacho si sabía quién era Demetrio Vallejo y me dijo '¡Ay, no! Ni idea', como con desprecio... como barriéndolo. Entonces me dolió y pensé que los personajes populares siempre se olvidan, mientras que los personajes que son más importantes por su dinero tienen amanuenses y escribanos que les hacen sus biografías. Entonces decidí retomarlo y, con Vallejo ya muerto, hice como se me dio la gana: le inventé muchas mujeres y qué sé yo. Además, él me ponía muchas restricciones, me decía que un líder no tenía vida personal y yo le decía '¡Pero si usted tiene un montón de mujeres!', y él me respondía '¡Ah, no, pero eso usted no lo va a escribir!'

¿Y cuándo toma la decisión de llevarlo a los terrenos de la novela?

Yo nunca he tomado una decisión en mi vida: las cosas me caen del cielo. De repente empecé a recoger este material y a hacer la novela, pero como yo quería.

Entonces le cae del cielo Trinidad, el protagonista de *El tren pasa primero*.

Me cae del cielo y decido hacer la novela.

Creo que es el primer esfuerzo narrativo que toma la idea de la locomotora, una figura básica de la Revolución Mexicana.

Sí, pero hay que recordar una novela de Fernando del Paso que se llama José Trigo que también es sobre los trenes y que yo creo que es muy buena. Fernando del Paso obtuvo también el Premio Rómulo Gallegos, pero no me acuerdo por cuál novela, fíjese...

—*Poniatowska se refería a Palinuro de México, la novela publicada por Fernando del Paso en 1977 y que le valió el Premio Rómulo Gallegos de 1982. Fue el único accidente en la memoria de Poniatowska. Una memoria clara, de periodista. Recuerda entrevistados, pormenores y anécdotas que auguran páginas enteras. Poniatowska ironiza animada por cierta picardía, se ríe y suelta sus respuestas con la pausa debida. Sorprende la individualidad de su palabra, tan ajena a la voz colectiva de los héroes sindicalistas de su novela. Cierta rapidez para la claridad política también la diferencia de muchos de sus personajes.*—



¿Es una ilusión mía o usted es más leída en sus incursiones en la crónica y el espacio periodístico que en la ficción?

Yo he hecho muchas entrevistas en la vida. Desde 1953 hago entrevistas. Y ésa fue mi escuela, porque las entrevistas me permitieron conocer a Diego Rivera, a María Félix, a Dolores del Río, a David Alfaro Siqueiros... personajes del mundo entero. Fue ésa mi escuela porque tuve una formación muy deficiente: estudié en un convento de monjas y yo lo que sabía era persignarme y rezar...

¿Cómo es que Elena Poniatowska, una escritora que no tiene con México las obligaciones del terruño, sea quien decida hacerle justicia literaria al movimiento ferrocarrilero?

Creo que el hecho de nacer en París me hizo acercarme a cosas que, probablemente, me habrían parecido muy normales de haber nacido en México porque las habría visto desde chiquita. Yo venía de un país en donde no se veían pordioseros en la calle, ni miseria ni niños pidiendo limosna entre los coches y eso me impactó. Cuando pude ser periodista, fueron los temas que me interesaron: primero los estudiantes perseguidos en 1968, luego los terremotos, luego la gente que tomaba las tierras y los que se instalaban en los cerros, sin agua y sin luz. Yo iba hasta allá a verlos y platicaba con ellos. Se hacían llamar 'colonos' y tomaban las tierras, sembraban y al rato la tierra era de ellos. Eso me interesó y de eso escribí, en vez de escribir sobre mi medio social, que es un medio de privilegios.

Usted conoce los espacios de la investigación. ¿Qué hizo con los datos recopilados cuando renunció a la biografía y se embarcó en un proyecto ficcional?

Esa biografía la debo tener por allí. Tendría que ver si se parece a la novela. Yo creo que en todos los aspectos de la huelga sí se parece, pero en otros no porque a mí los discursos me aburren mucho. Todos los discursos de la izquierda me aburren... hay una retórica de la izquierda que es infame y da mucho sueño. Entonces yo todo eso lo eliminé, porque yo no me quiero dormir leyendo la novela y mucho menos pienso que el lector lo quiera.



Tertulias Literarias

¿Y qué hay de la bandera ficticia a la cual deben rendir honores los presos de su novela?

¡Es que a los presos les hacen hacer muchísimas cosas absurdas! Haga de cuenta que usted me dijera que, arriba de este edificio, yo debo saludar a una señora que nunca veo. No me voy a parar allí si no veo nada: es por lógica y me niego. Pero, claro, los sistemas carcelarios y los sistemas militares piden que haga una serie de cosas que atentan contra tu dignidad. Y entonces hay que negarse.

Quizás los militares necesitan más la bandera para poder explicar...

...su estupidez. Usted perdone, pero es que a mí no me gustan los militares.

—*Irónicamente, la misma novela empezaba a desviar la entrevista hacia otros espacios. La disertación en torno a la política nacional apareció como una parada obligada en este viaje en tren, con una escala en la política mexicana antes de encarrilarnos nuevamente en lo que nos reunía: la literatura. El cambio de vía lo corrigió otro libro de Poniatowska: Amanecer en el zócalo (2007), una crónica que relata el fenómeno político mexicano de López Obrador y los cincuenta días que pasó Elena Poniatowska, junto a otras artistas como Liliana Felipe y Jesusa Rodríguez, “pernoctando en el zócalo con el pueblo”. Al preguntarle qué la hizo creer en López Obrador, dijo que “Creo que es un hombre que ama a la gente y que cuando dice que quiere que a la gente le vaya bien en México, pues es cierto. Además, habla de algo que no hablan nunca los políticos y que a mí me conmueve: el derecho a la felicidad”. El derecho a la felicidad, dijo...*—

¿Usted cree aún en los premios?

Para mí son un gran estímulo, sobre todo a esta edad. Me sorprendió muchísimo que me dieran el Alfaguara, porque yo pensé que ya no le apostaban a una escritora de mi edad: ‘Ya se va a morir, ¿para qué invertir en ella?’. Pero el Rómulo Gallegos me gustó muchísimo porque es por una obra y no por una trayectoria. La editorial manda los libros que salieron en los últimos dos años y gana el libro que escoge el jurado. Con *La piel del cielo* (2001), que fue Premio Alfaguara 2001, me pasó algo curioso porque pensaron que había sido escrito por un hombre. A mí me da mucho gusto concursar, y más ganar, pero por libro y con seudónimo... sin que se sepa quién es.



¿Y a quiénes lee ahora?

Ahorita leo a un gringo judío que me da mucha alegría: Kurt Vonnegut. Leo también a Paul Auster. Antes de venir, releí *Doña Bárbara*, porque además yo conocí a Rómulo Gallegos. Leo a muchos mexicanos, pues tengo que leer a mis contemporáneos. Pero también leí a muchos franceses católicos, porque esa fue mi formación...

—*Y entonces Poniatowska se persigna por segunda vez con una ironía más parecida a la confianza (o quizás a la complicidad) que permite saber que está a punto de acabarse el tiempo pautado para nuestra conversación—*

¿Cómo recuerda a Rómulo Gallegos?

Es un gran novelista, un gran estructurador de la novela. Además, me gusta mucho cómo ama al paisaje. Recuerdo que era muy hosco y odiaba a los periodistas. Pero, como yo estaba muy chava, terminó concediéndome tres entrevistas. Me dijo: ‘Venga mañana...’, aunque estaba muy triste pues acababa de morir su mujer, doña Teo. Yo trabajaba en el Novedades, en México. Él era refugiado político y muy amigo del director del Fondo de Cultura Económica de entonces, Arnaldo Orfila Reynal. Gallegos estaba en convalecencia y lo entrevisté en el hospital, me dijo que fuera a verlo y cuando llegué me dijo ‘Siéntese, siéntese...’, en un bordecito de la cama. También entrevisté a otro venezolano, Mariano Picón Salas, a quien quise mucho porque estaba muy en contra de los gringos.

Dice usted que lee a sus contemporáneos. ¿No lo son todos los que están publicando ahora?

Sí. Por eso lo que más hago es leer y escribir... ¡y darles de besos a mis diez nietos!

¿Y a los miembros del Crack, McOndo...? ¿Los lee? A ellos, que revivieron los manifiestos, los movimientos, lo colectivo en la literatura...

A mí me encantó *En busca de Klingsor* (1999), de Jorge Volpi, pero después no me han parecido muy buenos sus libros. No he leído muy bien a Ignacio Padilla, ni a Vicente Herrasti, aunque está Pedro Ángel Palau, de quien presenté el libro *Con la muerte en los puños* (2003). Pero el que más me interesa, desde luego, es Volpi... pero lo chistoso de la gente sobredotada como él, que es un niño genio, es que tienen su cámara oscura, ¿no? Lo importante es que la revele, pero no sé si se atreva...

Ya eso queda de parte de Volpi, ¿no?

Sí... ¿qué hará Jorge Volpi con Jorge Volpi?

GRUPO B

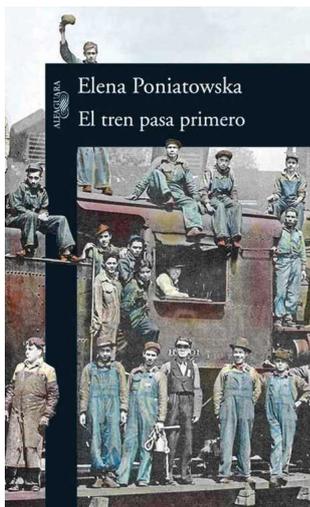


¿Y qué hizo Elena Poniatowska con Elena Poniatowska?

Pues yo creo que la maltrató muchísimo, la hizo trabajar demasiado y la usó mucho hasta la juerga. Y no tuvo suficiente fe en sí misma... ¡no vayan a hacer eso ustedes en sus vidas! Es un poco triste, ¿verdad? Pero por lo menos sabe que puede contar consigo misma, porque sigue estando ahí...

El sindicalista heroico

Por Jordi Soler (El País, 14 enero 2006)



Hace décadas que Elena Poniatowska escribe, en sus novelas y en sus piezas periodísticas, la gran crónica de las desigualdades y las injusticias que abundan en México; de su pluma, siempre combativa y crítica, han salido obras indispensables para entender algunos episodios cruciales de aquel complejo país latinoamericano, como la matanza de estudiantes que orquestó el Gobierno del presidente Díaz Ordaz en 1968 (*La noche de Tlatelolco*), o la dimensión humana del sismo que en 1985 dejó devastada la ciudad de México (*Nada, nadie*), o su imprescindible visión sobre el ejército zapatista, el subcomandante Marcos y los indios eternamente oprimidos de Chiapas que ha ido dosificando en sus crónicas periodísticas.

La prosa combativa de Poniatowska es difícilmente clasificable, casi siempre va a caballo entre el periodismo y la literatura, entre la denuncia y la invención; y *El tren pasa primero*, su más reciente novela, no sólo está construida a partir de esta dualidad, sino que encima parte de un trabajo periodístico previo que hizo, en los años setenta, alrededor de la figura de Demetrio Vallejo, un sindicalista heroico, líder de los ferrocarrileros, que en 1959 colapsó el país con un paro nacional. Poniatowska le hizo entonces a Vallejo una serie de entrevistas, en su celda de la cárcel de Lecumberri que, por diversas razones, durmieron intactas durante todos estos años y al final vieron la luz transfiguradas en novela, un proceso parecido al de *Hasta no verte Jesús mío*, otra novela suya que nació de las entrevistas que le hizo a Josefina Bórquez.

El tren pasa primero comienza con las batallas del líder ferrocarrilero Trinidad Pineda Chiñas, la traducción literaria de Demetrio Vallejo, con su lucha permanente contra los líderes charros (pagados y aupados por el Gobierno) y contra todo tipo de fuerzas gubernamentales, la del presidente de la República incluida. Trinidad es un hombre íntegro que supedita todo, esposa, hijos y vida personal, a la causa del sindicato de ferrocarrileros; en su entregada existencia las mujeres, otra de las preocupaciones permanentes en los libros de Poniatowska, lo mismo son sus diosas que sus asistentes, son su trinidad personal formada por Bárbara, su sobrina y su sombra en la oficina del sindicato; su hermana Pelancha en los menesteres domésticos, y Rosa, la amante que conoce en la celda de la cárcel donde a mitad de la novela irremediablemente va a parar, pues en el México de aquellos años un líder popular y honesto era considerado un peligro porque, como era el caso de Trinidad, en un mitin exitoso podía poner a parir al presidente y a sus secretarios, a las instituciones y en general a todo el sistema político mexicano que estaba basado en el cohecho, la corrupción y el compadrazgo.

Con las batallas de Trinidad, Poniatowska va creando el perfil del líder y una recreación del mundo sindical, ligeramente lastrada por un exceso de datos y explicaciones periodísticas, que es muy parecido, si no idéntico, al México de 2006 donde, a pesar del venticillo democrático que provocó la derrota del PRI, siguen instalados los líderes charros, los insultantes compadrazgos y la corrupción rampante. A partir del segundo capítulo, una vez aliviada del lastre de su investigación, la escritora se pone a narrar su novela, la historia del líder recluido en la cárcel, su existencia monótona y su reconcentrada vida sentimental, y es aquí donde su apasionante personaje se convierte en una criatura literaria y donde Elena Poniatowska se encuentra con el gran tema que ha definido a lo largo de los años sus obras: darle voz y protagonismo a quien no los tiene.

El tren pasó primero

Por Joaquín Marco (El Cultural, 2 febrero 2006)

La escritora mexicana Elena Poniatowska (nacida en París en 1932 y residente en México desde 1941) es ya conocida por los lectores españoles. Obtuvo con *La piel del cielo* el premio Alfaguara en 2001. Y, al margen de su actividad como novelista, ha cultivado el periodismo y el ensayo.

El tren pasa primero es una generosa novela dividida en dos zonas diferenciadas. En una de ellas, el relato es un canto épico al ferrocarril, porque "la revolución mexicana se hizo en tren". La novela se abre ya con una huelga de "ferrocarrileros", inspirada en la



Tertulias Literarias

de 1959. Su líder, Trinidad Pineda, se corresponde, novelado, a la figura real de Demetrio Vallejo. Con un lenguaje poético y realista, teñido con lo popular, nos ofrece un friso histórico. La huelga le permitirá describir los problemas de un sindicalismo incipiente, contra el “charrismo” (del charro Díaz de León), que representaba a quienes estaban con la patronal y, junto a ellos, la policía infiltrada en las asociaciones. Aparecen en un segundo plano figuras bien trazadas e identificables como Saturnino Maya, siempre desesperanzado, o El Ratón o Gerardo Peña; también Carmelo Cifuentes, comunista, que vive clandestinamente, y que representa una concepción táctica política, frente al sindicalismo de Trinidad.

La novela de Elena Poniatowska constituye un relato vibrante, un hermoso canto al poder de convocatoria del ferrocarril, símbolo de la libertad, y sus diversas gentes en el México postrevolucionario. Ya en la primera parte descubrimos algunas figuras femeninas esenciales que serán determinantes en “la lucha”, como Sara, la mujer de Trinidad, Cuca Cifuentes, la mujer de Carmelo, y Bárbara, la sobrina de Trinidad, formada en las lecturas de Simone de Beauvoir.

Nos hallamos ante una novela de aliento revolucionario, poco frecuente en el actual panorama, donde tanto priva la temática individualista frente a la solidaridad que se manifestó en el socialrealismo, aunque poco tenga que ver ni técnica ni temáticamente con él.



La narradora no disimula su decantación; aunque su autora nunca ha militado políticamente (en estos momentos asesora, sin embargo, al candidato Andrés Manuel López Obrador), pero menciona a algunas precursoras del feminismo hispanoamericano. La evolución del relato nos traslada al ámbito carcelario, donde el líder (son espléndidas las páginas en las que se describe el proceso del nacimiento y desarrollo del líder obrero - principal tema del relato - y su natural condición) sigue empeñado en una lucha personal. Al salir de la cárcel, convertido en héroe, retorna a Nizanda, su pueblo natal, acompañado de Rosa. Entra aquí la novela en otro tiempo y adquiere otras características. Poniatowska nos traslada a paisajes exóticos e idílicos, a un tiempo anterior, aunque en el ámbito de una vida dura, campesina: la infancia y formación del líder. Constituye un remanso en la trepidante “lucha” contra la policía y las autoridades, los mítines y la admiración de sus conciudadanos.

Los saltos atrás, el monólogo interior, han de servirle para ofrecernos la “novela idílica” no sin problemas: la pesca con dinamita en el río acompañando al padre, el descubrimiento del tren, la aparición de los indios mixes... Y, paralelamente, la infancia y adolescencia de Bárbara, huérfana de madre. Todo ello en paisajes descritos con inigualable maestría en un dúctil y brillante estilo en el que alternan descripción y diálogo.

Esta excelente novela no sólo es el canto al ferrocarril, sino un episodio de la historia mexicana, donde se bucea. El líder aglutina, pese a su débil aspecto, pero tras él las mujeres constituyen la auténtica fuerza invisible. Poniatowska ha escrito una crónica obrera, donde no sólo los obreros son protagonistas, y ha trazado el perfil de un héroe con luces y sombras. Sobre todo ello flota un canto a la solidaridad del trabajo. Una novela excelente que acredita la obra bien hecha de una de las grandes voces hispanoamericanas de hoy.

Fontes:

[Reseña literaria en “El Cultural”](#)

[Entrevista con Elena Poniatowska](#)

[“Elena Poniatowska, premio Cervantes”](#) (El País)

[“El sindicalista heroico”](#) (El País)

[Archivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
[Blog](#)

GRUPO B